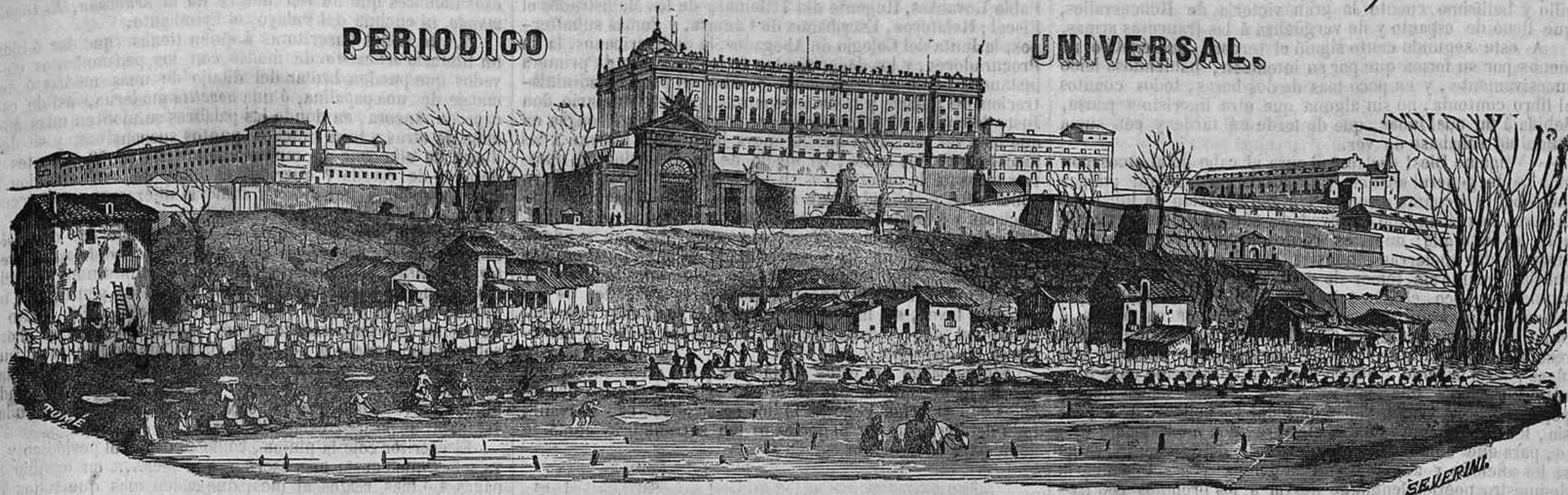


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 2.º—SABADO 11 DE ENERO DE 1851.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.  
Ultramar y extranjero: Año 50.

## CRITICA LITERARIA.

Poesías de D. Ventura Ruiz Aguilera.

### EÇOS NACIONALES.

Reunídense habian, y engolfábase en largas y amenas pláticas, el cura y el barbero, en casa del bachiller Sanson Carrasco, ó lo que á ser viene lo mismo, en la humilde y mal vestida morada del que esto escribe, que breves años goce, si no es la propia persona del bachiller, corregida y aumentada. Cerca de un hora habia que el cura y el bachiller callábanos, obligados por el locuaz barbero, que retórico y elocuente nos anonadaba á frases, armado de digresiones y paréntesis, que estiraban y desenvolvian el hilo de su discurso hasta el punto de hacerle parecer interminable; cuando, agotada mi paciencia y prontos ya á adormecer mis sentidos, interrumpí de esta manera al buen rapista:

—Noramala para vos, maese, y cuán difuso y hablador habeis venido! no, si no déjenle á él, que camino lleva de acabar el dia del juicio. ¿Qué os pasa que así os prolongais, pues algo ha de pasar para esto? ¿quién os trae y lleva de esa suerte, que tan mal nos tratásteis? ¿qué musa os sopla, si ya no es el mismo Apolo el que hoy ha desanudado vuestra lengua?

—Dios os lo perdone, compadre, añadió el cura; mas pienso que no he sufrido tanto como este dia y en esta hora desde que mi madre me echó al mundo. Callad, callad por vuestra vida, y si teneis en alguna estima la del prógimo, poned coto á vuestra lengua, que temo ha de ir mas allá de lo que la comun paciencia permite.

—Bien podrá ser, respondió el no mal aconsejado barbero; que siempre, si he de creer á la propia y la agena experiencia, fui mas suelto de lengua que de huesos. Mas dígame, y sea presto, pues deseo salir de confusiones: ¿cómo y cuándo de nuestras mal aventuradas letras hablo, lleno de una santa ira contra tanto malandrín como las tala, que cultiva no seria razon decir ahora, cómo, repito, quiere que sea breve, habiendo tanto cómo hay en la viña del Señor, digno de que de ello luenga mencion se haga? Responda, compadre: ¿no es cosa de darse al diablo ver el estado á que han reducido á esta nuestra hermosa poesia lírica esos fingidos cisnes, esos reales y verdaderos grajos, que en mal hora hicieron sonar su canto ronco en los espacios de la prensa? Entraos, entraos por esos impresos adelante, por esos impresos, digo, que desde 1834 acá están

viendo la luz ramera, á la que otros cortés y respetuosamente llaman pública, y vereis milagros. Mirad aquel plagado siempre de abominables coplas, ved si no esotro, inundado de versos sin tino y sin medida escritos. ¡Y esto se imprime! ¿y esto os parece bien, compadre? y no quereis que indignado pida á Júpiter rayos vengadores, ávidas centellas é inmensas mangas de fuego, que caigan y se desplomen sobre esta nueva Sodoma, sobre esta impura Gomorra literaria!

—¡Ay maese! exclamó el cura, y cómo os estravia y ciega los ojos del entendimiento la ira, á quien no sin razon ha llamado un sábio *tizon del inferno!* Apartad de ahí ese Júpiter, que temo que como á un ídolo falso la de abrasarle el santo incendio que tragó y borró de la tierra á las dos malditas ciudades.

—Razon teneis, dijo el barbero; esta ira, ó este tizon, como habeis dicho, humea demasiado para que deje de turbar la luz de mi poco alumbrado entendimiento. Mas no se hable en esto mas, si os parece, y volvamos á lo pasado.

—Sea así, dije yo, con tal que no se duerma el buen maese, como decirse suele, y como muy bien pudiera acontecer, con la palabra en la boca.

—No hayais cuidado, respondió reposadamente el barbero, y dejadme á mí, que esta vez será tan brebe como quisieris y como no esperaréis sin duda. Decia que los malos poetas han acabado con la buena poesia, y en ello me afirmo y mantengo ahora; porque, ¿quién es, decidme, el discreto que hoy no vuelve la hoja, al tropezar en una publicacion con algunos de esos que han dado en llamar versos, y que en verdad que en pocas ocasiones son acreedores á tan honrado nombre? ¿Qué necio no los escribe? ¿Qué bueno y feliz ingenio los produce, en medio de la universal indiferencia y del desaliento que de algunos años á esta parte mata

y sofoca la mente, el corazon del que nació, creció y se formó poeta?

—Alto ahí, compadre, replicó el cura, que no es razon que así se hable, siendo todavía tantos por fortuna los buenos ingenios que producen, y nobles esfuerzos hacen por levantar á nuestra abatida poesia del hondo abismo en que yace. Así no fuera mas cierto que esto lo que antes habeis hablado, y las gentes leyeran, no lo malo, ni mediano, sino lo bueno y excelente que para ellos ha sido escrito, se escribe y escribirá.

—Ciertamente, dije yo á esta sazón, que sin ir mas lejos y sin buscar en los años lo que en ellos de menos valor sería, jóvenes conozco de tan buen juicio, claro talento, exquisito gusto y bien cortada pluma, que harian milagros á poco que se los alentase.

—Nombradme á algunos en buen hora, señor bachiller, que ansia he de conocerlos á la par que vos, pues sabria apreciarlos como el que mas.

—Muchos podria nombraros, barbero de mis pecados, que barbas han ellos segun son de viejos, graves y crecidos; mas contentaréme con uno, cuyas obras tengo tan á la mano como vais á ver ahora; y mostréle un libro que sobre una vecina mesa descansaba, diciendo estas ó semejantes palabras:

—Pocos dias ha que este libro que veis se dió á la estampa; pero ó muy descaminado voy, ó su vida ha de ser tan larga como la de aquel ave, de quien diz que renace de sus propias cenizas.

Preguntáronme qué título tenia, y respondí: que habia por tal el de *Ecos Nacionales*, y que era el tomo primero de las poesias de Aguilera.

—¿Llámase Ventura Ruiz ese Aguilera? preguntó el cura. —Así se llama, respondí al punto.

—Pues abrid ese libro, y veamos, que barrunto que han de ser tan buenas esas poesias como las del mismo Lope.

Abrió el libro el barbero, y leyó la primera, que era un himno á Dios, tan lleno de fé y de armonía, que mas que para humanas gentes, parecia escrito para que los ángeles lo cantasen. Grande fué entonces la admiracion del barbero, y no poco el gusto que recibió el cura, que oia leer á aquel con los ojos arrasados en lágrimas, y como si alguna celestial vision se le representara.

—¡Pardiez! dijo el maese, así que hubo terminado la lectura que tan sabrosamente habia entretenido á todos. Este Aguilera es tan poeta como cristiano; y si todos sus otros versos se parecieran á estos, en láminas de oro puro deberia grabarse su nombre, al lado de el de los primeros ingenios de nuestra patria.

—Leed y jugad, respondí, y siguió leyendo en alta voz y conveniente sentido.



Apertura de la Audiencia Territorial de Madrid verificada el día 2 de enero.

Si bien había parecido á todos el primer canto del poeta, todavia mas admirable y sublime pareció el segundo, en el que se celebraba el valor español, al recordar en un sencillo y bellissimo cuento la gran victoria de Roncesvalles, que llenó de espanto y de vergüenza á las francesas armas.

A este segundo canto siguió el tercero, que cautivó, no menos por su forma que por su intencion, habiéndose leído sucesivamente, y en poco mas de dos horas, todos cuantos el libro contenia, no sin alguna que otra ligerisima pausa, debida á tal cual lunar, que de tarde en tarde y con suma dificultad echábase de ver.

—¡Válgame Dios! exclamó el cura al cabo de algunos momentos de general silencio y profunda meditacion: ¡válgame Dios! y á cuánta discreta y grave reflexion da lugar esta obra! Dejo á un lado la novedad, que de tantas de su género la distingue: nuestros cantos populares, que poco ó ningun valor encierran, nuestra canción clásica, que oda podria llamarse sin temor de estraviarse mucho, y nuestro himno patriótico, chillon y parlero como las avechillas que á la naciente aurora saludan, distan tanto por su objeto é importancia de estas otras canciones, que desde luego aparece inútil y nada juiciosa la comparacion que de unas con otras podria hacerse. Nuestro poeta ha introducido en la literatura española una nueva raza de himnos nacionales, ó populares, que siendo capaz de todas las bellezas de la poesía, las viste siempre, ó casi siempre, con modestísimo traje, para que aun el menos inteligente del ignorante vulgo se les aficionen y acerque: que la pompa y grandilocuencia de nuestro poético language desvia á los profanos con frecuencia, y hace incomprendibles para ellos las mas altas bellezas, á mas de despojar á estas alguna vez de gran parte de su valía. Pero ya he dicho que no la novedad, sino la profundidad, es la que hace á este precioso libro (en mi humilde opinion al menos) acreedor á las mayores alabanzas.

El pueblo necesita hoy fé, ha pensado el poeta, y ha dado feliz comienzo á la coleccion de sus *Ecos* con un canto á Dios, considerando (con razon harta) á la religion como origen principal y base de toda virtud. Despues, al ver roto y derribado por tierra el nacional estandarte, tan temido y respetado en mejores dias, ha vuelto á tomar la lira y ha cantado á la patria; pero á la patria vencedora, á la patria de Bernardo del Carpio y de los héroes de Roncesvalles. El pueblo, al aprender de memoria el himno consolador, en que la voz del vate le recuerda las antiguas glorias, no podrá menos de irritarse contra sí mismo, reflexionando cuan necia y vergonzosamente ha derramado su sangre, á impulsos de la ambicion buladora, y de la monstruosa barbarie de los enemigos de su reposo y de su honra.

Mas adelante, el poeta de la religion y de la patria canta la paz, el fin de las discordias civiles, y grita al pueblo dividido en rencorosos bandos:

*¡Esos que ves morir, son tus hermanos!*

Y sublime misionero, entre la absorta multitud que le rodea, va atravesando con grave y magestuoso paso, predicando la caridad, la virtud, el trabajo, la proteccion á los que al pais sirvieron y por él sacrificaron tranquilidad, juventud, haberes; y ora con satírica ironía, ora con tiernísima dulzura, aconseja, reconviene, convence en fin.

Ahora, amigo maese, y vos, bachiller, decidme: ¿qué libro de castellana poesia conocéis que en fondo é intencion lleve ventaja á este? ¿No creéis que el buen Aguilera al lanzar de su mente y de su corazon tan importante obra, ha hecho, despues de lo que como á poeta, y poeta excelente, debia exigírsele, cuanto de un profundísimo filósofo era de esperar?

—Así es, respondió el barbero; y con verdad os digo que estoy maravillado y aun creo oír sonar en mis oídos la música sabrosísima de esos divinos cantos.

—Tales son ellos, añadí yo, que dudo á cuál podria darse la preferencia.

—Buenos son todos, dijo otra vez el barbero: pláceme sin embargo sobremanera: *El veterano, El tributo de sangre, La vuelta del voluntario*, el titulado *Roncesvalles* y algun otro, que dignos de Beranger me parecen.

—Mirad, compadre, volví á decir, que esas canciones, con escasísima diferencia, pertenecen todas al mismo género. Bellísimas son en efecto, mas no dejéis pasar así las *Dos de mayo, El corcel de batalla, el maestro que no viene, modelo de diputados, el perro que ladra* y otras tan buenas, que nos habeis leído ha un momento y que con rara complacencia os hemos escuchado.

—Y que sin duda, prosiguió el cura, son: *La barcarola á Pio IX, Por la patria, El convenio de Vergara, La noche de todos los Santos* y... y...

—Y el canto de *Napoleon*, proseguí yo, en el que el arrogante conquistador dice con valentísima osadía:

*Luz una noche me pidió mi gente,  
Y á cañonazos incendié á Moscov.*

—Y... y... repitió el cura, á quien siendo infiel su memoria, interrumpió el barbero.

—Y... y... sabeis por ventura que es tarde, y que ha tiempo que estamos cansando la paciencia al bachiller, cuya atentísima amistad no merecia ciertamente tan ruin correspondencia?

Apresuráme á manifestar al maese que se engañaba y que yo estaba contentísimo de verme en tan honrada compañía; pero todo fué en vano: el cura y el barbero se levantaron, y dándome las buenas noches salieron poco despues de mi aposento. Yo entonces tomé la pluma y escribí estos renglones toscos y desaliñados, confiado en la indulgencia del lector, á quien, antes de concluir y para mejor ganarle la voluntad, he de llamar *pío, caro, paciente* y... todo menos *curioso*, pues no ha de serlo tanto que vuelva á caer en la tentacion de leer á

EL BACHILLER SANSON CARRASCO.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

APERTURA DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE MADRID.

Segun está prevenido por las ordenanzas de los tribunales del reino, el día 2 se verificó con la solemnidad de costumbre la apertura de la Audiencia territorial de Madrid.

Este acto se celebró en la sala primera, la mayor y la mas suntuosa de las cuatro que cuenta el edificio de la Audiencia. Asistieron á esta solemnidad, además del señor don Pablo Govantes, Regente del Tribunal y de los Magistrados el Fiscal, Relatores, Escribanos de Cámara, y demás subalternos, la Junta del Colegio de Abogados, la de Escribanos, la de Procuradores, y los dependientes de los juzgados de primera instancia. Leído el reglamento provisional para la administración de justicia y la de ordenanzas, por el secretario don Justo Moraita, el señor Regente pronunció un discurso en que hizo ver las trabas que la nueva legislación impone á los jueces, atendidos antes, en medio de la confusion de nuestras leyes, á la práctica, á su buen juicio, y á la voz de su conciencia, y obligados hoy á sujetarse á clasificaciones minuciosas y á fundar las sentencias en los artículos del código.

Explicó tambien las oscilaciones y embarazos que la administración de justicia ha experimentado en el año último, por el tránsito de una legislatura á otra, y de unas opiniones y costumbres á otras, conmoviendo ciertos mandatos de las antiguas leyes, sin haberlas destruido á lo menos espresamente del todo, y dando ocasion á grandes dudas y retrasos en el despacho.

Sin embargo de estos obstáculos y de otros varios con que ha habido que luchar en el año próximo pasado, obstáculos que el señor regente indicó en su discurso, el resultado del despacho de negocios es tan satisfactorio como lo demuestra el siguiente estado:

	Salas.			Totales
	1. <sup>a</sup>	2. <sup>a</sup>	3. <sup>a</sup>	
<b>Despacho de los negocios civiles.</b>				
Pleitos despachados definitivamente en última instancia en todo el año de 1850. . . . .	174	199	169	542
Idem en poder de los relatores para vista. . . . .	30	48	58	136
Idem pendientes de sustanciacion. . . . .	109	206	188	503
Totales. . . . .	313	453	415	1181
<b>Despacho de causas criminales.</b>				
Causas falladas y ejecutoriadas en todo el año con reos presentes. . . . .	910	900	894	2704
Idem idem de reos ausentes. . . . .	327	306	348	981
Idem en poder de los relatores para vista. . . . .	24	32	31	87
Idem pendientes de sustanciacion. . . . .	270	292	240	802
Totales. . . . .	1531	1530	1513	4574
<b>Despacho de negocios gubernativos.</b>				
Espedientes despachados por la sala de gobierno. . . . .	592			
Idem por la Audiencia plena. . . . .	5			
Totales. . . . .	597			
Número de magistrados que han jurado. . . . .	9			
Idem de jueces de 1. <sup>a</sup> instancia. . . . .	13			
Idem subalternos que han tomado posesion. . . . .	4			
Idem escribanos que han jurado. . . . .	15			
Total. . . . .	41			

Concluida la lectura del discurso, prestaron el correspondiente juramento los Abogados que durante el año habian ingresado en el Colegio.

El que escribe y el que lee.

Has de saber, lector de mi vida, que yo soy escritor. No me detendré á probarte cómo y de qué manera he llegado á serlo, ni á qué raptos de desesperacion debo la infausta suerte de tener lectores: y no creas que abomine de tí porque seas harto pequeño para comprenderme, sino porque eres tú demasiado grande para ser comprendido por mí. Ya ves que hasta ahora tú llevas en mi artículo la mejor parte. Pero como hoy me ha dado la manía de ensartar unas cuantas consideraciones acerca de cuál sea la mejor de estas dos clases, si la del lector ó la del escritor, y como sea cosa fea de suyo andar con dimes y diretes sobre si tú eres mejor que yo, ó yo soy mejor que tú, ó si valgo ó si no valgo, ó si entiendes ó si no entiendes, paréceme oportuno generalizar la cuestion y sacar á relucir á ambos ejércitos beligerantes: porque si bien es verdad que las guerras se acaban acercándose los contendientes, segun dice Balzac, no por eso es menos cierto que solo á la distancia de media vara enemigo de enemigo se pueden ambos pegar de pescozones. ¡Libreme Dios de querer pegarte ninguno á tí, amable y benévolo por excelencia, no solo porque no tengo resentimiento ninguno contigo, que me tratas mejor que yo merezco, sino porque si la persona que bebe agua de una fuente tapa el caño, se queda á buenas noches; y si bien habria escritores sin lectores, y nunca lectores sin escritores, no encuentro gracia alguna en relatarse uno á sí mismo los pensamientos, precisamente en un tiempo en que todos se quieren echar fuera, á imitacion de aquel coronel ruso que no queria llevar condecoraciones en la casaca porque le incomodaba el peso.

En primer lugar, tú, lector, tienes dinero, ó no lo tienes; pero si eres lector no te falta por lo menos gana de distraerte, y no digo instruirte, porque en el dia no se escriben cosas instructivas sino... de mera diversion, digámoslo así hasta cierto punto si se quiere. Y así como tú, lector de mi alma, digo, no de mis escritos... elijes de todo lo que ven tus ojos lo que mas te place y dejas lo que no te gusta, así como tú en fin tienes que escojer materia para leer, así el escritor tiene que escojer materia para escribir.

Figúrate que la suscripcion de un periódico se compone de tres clases.

1.<sup>a</sup>... Adusta y seria, filosófica y clásica, compuesta de esos hombres que no ven detrás de la *Araucana*, *El Diablo mundo*, ni encima del Pelayo, el Estudiante.

2.<sup>a</sup> De bellas suscriptoras á quien tienes que dar ó bien un literario *articulito* de modas con los pensamientos elevados que pueden brotar del dibujo de unas medias ó del encaje de una papalina, ó una *novelita* moderna, así de escape de áncora, en donde las palabras se monten unas encima de otras y haya muchos puntos suspensivos, y se deduzca de ella que la mujer aunque tenga 80 amantes y despues de casada 7 queridos es inocente, en atencion á que las señoras tienen, así como si dijéramos, una necesidad... de impresiones fuertes...

3.<sup>a</sup>... De hombres á quienes es necesario dar *cosas pintantes, chistes, historietas verdes, crónica escandalosa, secretos de familia, epigramas*, de cuando en cuando unos versucitos á la noche y otros al dia; y por último de gentes que no toleran sino lo *fresco* y que odian lo *rancio*.... En punto á gustos no hay nada escrito; pero la cuestion no es ahora sobre quien tenga ó no mejor gusto, sino quien es el que mas suda, si el lector ó el escritor. Y tampoco materializo esto del sudor, porque si bien conozco yo lector que suda mucho, vive Cristo que un escritor conozco que si á sudar vamos ni un pozo artesiano le iguala.

El escritor coje la pluma, como tu coges el periódico y... ya sabes que cuesta mas escribir que leer.... en cambio tu pagas 4 ó mas reales al mes, que valen mas que todos los escritos del mundo. Pues como iba diciendo, coje la pluma el escritor y dice: de estas tres clases ¿cuál es la mas acreedora á mi aprecio? la primera... escribamos un artículo sério y concienzudo.

*Consideraciones acerca de la Celestina.*  
El poeta murió, como todo lo bueno, antes de la venida de los franceses: esto no es muy elegante, pero el caso es decir las cosas, y el cómo dejémoslo para quien lo entienda.

Nunca volverá á tener España poetas como D. Leandro Fernandez de Moratin. (Esto no tiene que ver nada con la *Celestina*, pero el caso es probar que solo lo antiguo era bueno.)

¿Adónde está Moratin? (No sabemos á punto fijo, pero segun la doctrina cristiana ha de estar en la gloria ó en el Infierno), si bien yo creo que ha de estar en el limbo.

El cielo se queda para fray Luis de Leon, y el infierno para Voltaire.

Nada hay comparable á las obras de Lope de Rueda.... ¿por qué no se representan sus obras, en vez de esos informes mamarrachos que inundan la escena española con su mezquindad vergonzante? (Este vergonzante es de muy buen efecto.)

De todo lo dicho se deduce que la *Celestina* es una cosa muy buena.

¡Eh! ya hemos despachado.... tú, lector, recibes el periódico y si perteneces á la 1.<sup>a</sup> clase dices: está bien, pero yo (es decir, tú lector) hubiera dicho mas.... la 2.<sup>a</sup> clase lo mismo es leer el epigrafe, pasa la hoja; y la 3.<sup>a</sup> dice, no nos hace falta ninguna saber si la *Celestina* es buena ó mala, puesto que ya pasó, sino que nos cuenten algo que tenga gracia, y hé aquí, lector de mi vida, al escritor en completo desacuerdo contigo... Es preciso pues tentar otro camino...

Para agradar á la 2.<sup>a</sup> clase basta decir que la saya listada imita los hilos eléctricos que de corazon á corazon remite Cupido, y otras cosas por el estilo; pero, ¿y la primera y la tercera clase?

En fin, ¿á qué cansarse? El hecho es que es imposible agradar á todos, y no es esto porque tú seas descontentadizo, no, sino porque el escritor, asaz miedoso, andar con sus escritos entre si te toco ó no te toco, como si acierto y si no acierto; de lo que resulta que todo el miedo que pasa el escritor pensando en tu desagrado, vale mas que los 8, 10 ó 12 cuartos que pueda costarte cada número de un periódico.

Es cierto que para ser escritor no es preciso mas que cojer la pluma con los dedos índice, pulgar y de corazon de la mano derecha mojada en la tinta que debe tener necesariamente todo tintero, y verter las ideas, pocas ó muchas, malas ó buenas, sobre un papel blanco estendido encima de la mesa en que se escriba; pero tampoco para ser lector se necesita otra cosa que calarse los anteojos si es corto de vista, ó si no á vista natural ir recorriendo con ella los renglones trazados por el escritor. Me dirás tambien, lector de mi vida, y en eso juro que tienes razon, que es necesario meter la mano en el paraje donde tengas el dinero é irselo dando al repartidor en cambio de papel; y vive Cristo que siendo esto así, muchas son las ventajas que el escritor lleva al lector!

Por lo pronto el escritor tiene fama. Bien sea de hombre sabio, bien sea de bruto, el caso es que hay fama. Esta por supuesto se reduce á que cuando vas por la calle te señale uno con el dedo diciendo á otro:

«¿Ves á aquel?»  
«Sí.»  
«Pues es el autor de aquellos versos tan bonitos!»  
«Es feo.»  
«Sí, eso he dicho yo: parece mentira que un hombre tan horroroso tenga sentido comun.»  
(Por lo general todos los que escriben, sea bien ó mal, son feos.)  
Oh bien:  
«¿Ves á aquel?»  
«Sí.»  
«Pues es el autor de aquel artículo tonto y sin gracia titulado *el Escritor y el Lector*; (quien dice ese artículo puede tambien decir otro cualquiera.)

Y sigue la conversacion como si tal cosa hubiera sucedido.

Tiene otra ventaja el escritor, y es que encuentra á un amigo y le dice:  
—¡Hombre! me ha gustado tu artículo (suele no ser cierto, pero el caso es que se dice); y el lector no tiene nadie que le diga:

—¡Hombre, qué bonitas eran las monedas que diste por la suscripcion á LA ILUSTRACION!

En cambio, tú tienes la ventaja de dar ó no dar las susodichas según las ganas que tengas de leer ó según el estado de tu bolsillo, al paso que el escritor, tenga ó no tenga gana, necesita escribir por aquello de *sine Cerere et Baccho frige Venus*: este Venus puede sustituirse por *diversiones, levitas, leche amerengada*, etc. etc. que tampoco es cosa de ir á averiguar en lo que invierte su dinero un escritor, ya que nadie se mete en saber donde echa el lector su dinero.  
De todo lo antedicho se deduce que..... en resumidas cuentas..... y..... en fin... sin que por eso deje de mirarse que..... con todo... resulta.....

Que es el talento, lector,  
una mula de alquiler  
que te dá gusto ó horror:  
poder comprarla es mejor  
que tenerla que vender»

L. MARIANO DE LARRA.

Ni con Moliere ni con Shakespeare comparamos al vigoroso y metafísico escritor que acabamos de perder. Balzac no tiene comparacion con nadie: debe su reputacion á la novedad de su talento, y á la fidelidad admirable con que ha delineado en sus obras, muchas veces sin saberlo, los rasgos mas diminutos de la sociedad en que vivia. Buenas ó malas, esas obras son el retrato del siglo XIX. Las críticas y los elogios que merece Balzac, los merece tambien su tiempo. ¡Honor insigne! Desde ahora, quien pretenda escribir la historia de nuestras costumbres, habrá de estudiar en sus libros.

Háse dicho hasta la saciedad que Balzac era un génio observador: esto no es exacto de todo en todo. Balzac no observaba, sino que se sumergia, se confundia, por decirlo así, con lo que observaba; pero lo que mas admira al estudiarle, es la poca conciencia que tuvo de su talento. Para calificarlo tenemos que inventar una palabra: no era analítico, era *veedor*, puesto que ese talento, nada expansivo, nada franco, de suyo participa no poco de la candidez del artista. Si esto le ensalza ó le rebaja, no lo aseguramos nosotros. La vida y la sávia de esta sociedad, sean las que sean, vida sensual, sávia egoísta, depuramiento de goces sin límites, aspiraciones locas impotentes, se habian concentrado en su cerebro, y se difundian y animaban todos los puntos de su creacion. Parisienses estenuados, curas de provincia, semi-elegantes y elegantes contrahechos, mugeres de mundo á medias, condesas de casualidad, soñadores en la piedra filosofal, jóvenes no comprendidos, víctimas sentimentales de una juventud que nacía ya vieja, hombres del pueblo que glosan la disolucion, celibatatos que manchan la castidad, todo, en fin, lo que tienen de ficticio las sociedades caducas, no solamente lo comprendió, y se lo apropió, sino que ayudado de esta asimilacion perfecta dió alma, voz y movimiento á los mas raros fenómenos. Si Balzac hubiera sido filósofo y moralista, ¡cuántas cosas le asustarían! pero le sucedió lo contrario: no tuvo miedo de nada. Artista feliz en su concepcion, pintaba como Murillo todos los mendigos de la tierra alumbrados por un rayo de sol. Llagas, arrugas, matices y deformidades de la epidemia enferma saltaban en sus cuadros con tanto mayor relieve cuanto era menor su empeño por curarlos. Examinada su obra con detencion, semeja mucho al doloroso libro de Alibert, que recordamos muy de paso á nuestros lectores: de seguro no existe cáncer social que no tenga en él su puesto ó su simbolo, retratado con exactitud, fidelidad microscópica y maravillosas tintas. Pero tambien encontraba colores en su paleta para la flor melancólica que crece bajo el alféizar de las ventanas de los arrabales, para la fresca y candidez del niño que juguetea en el regazo de la anciana, y para la sonrisa de hielo de la moribunda.

Esto se llama ser artista.  
Balzac ignoraba de todo punto cuál objeto debía de reproducir y cuál de respetar. Faltábale seguridad de criterio, y esta falta y la vivacidad instintiva de su genio tenaz y fogoso, le hacian confundir todos los géneros de estilo, y multiplicar las mas contradictorias esperiencias. Trabajador infatigable, como esos pintores que no se cansan de ensayar su colorido, sus retoques, su claro-oscuro, sus medias tintas y sus efectos de luz, es facticio y natural, pretencioso y arrebatado, metafísico y vulgar; él es todo, en una palabra. Ignora cuando escribe bien, cuando escribe peor, y en donde debe reprimir su estilo. Da la preferencia entre sus obras precisamente á las menos buenas, y se asigna á sí mismo un lugar entre sus contemporáneos, que no es ni por asomo el lugar que le pertenece. Quien le hubiera llamado primer creador de ficciones de su época, le disgustaria; quien le hubiera dicho que *Los cuentos de risa* no son morales, le llenaría de admiracion. Para sus adentros creía que las estravagancias, los caprichos, y las observaciones derramadas con profusion en *Serafta* eran modelos de estilo elegante y puro; y todo lo mas hacia justicia á la admirable delicadeza de algunas páginas de *Eugenia Grandet*, y la *Investigacion de lo absoluto*.

Como no miraba los objetos con ojos de crítico, Balzac vivia en una alucinacion perpetua. Ni envidiamos los laureles de Brantome y Tallement des Reaux, ni el hombre que nos ocupa merece que contemos su vida real en vez de admirarle. Lo sentimos por nuestros lectores, pues fué muy curioso el drama secreto de su vida, drama que revela á su héroe desde el principio hasta el fin.

Balzac habia nacido en la Turenna, en ese pais donde la naturaleza benigna y voluptuosa parece como que sonríe á los Rabelais que nacen. Educóse en Vendome, en un antiguo convento casi arruinado, y esta escena del drama tambien está en armonia con el génio y con las obras del escritor. No hay, seguramente, poblacion en Francia mas pintoresca que Vendome; con sus calles empinadas, su riachuelo bullicioso, su rarísimo y viejo puente, su risueña campiña, sus diminutas casas, sus festivos habitantes, y sus recuerdos. Creció Balzac entre aquellas fragosidades un tanto poéticas y un tanto prosáicas, al amor de aquellas costumbres tan severas como amables. El resto de su biografía fuera aun mas interesante á haberse él dignado escribirla, y si una razon muy poderosa no lo impidiese á una pluma estrantera Alquimista de nuestras costumbres, hasta en su modo de ser,

revela al artista dominado de sus pensamientos, que dan cuerpo y vida á los delirios. Su existencia singular, su conducta rara, su candidez en fiar de una somnambula y escavar en vano mil veces la tierra en busca de tesoros, sus viajes sin término, sus estrañas creencias, sus gigantes esperanzas, su desesperacion infinita, ¡no prueban demasiado lo que dijimos? ¡Ay! pero la realidad mata las quimeras: los hombres de imaginacion no viven en la actualidad; eso se queda para los Vantrín, los Marneffe, y los Nucingen.

Tan satisfecho estaba Balzac de su poder de artista, que quiso asimilarse y apropiarse todas las fuerzas del mundo moral. Por eso, sin culpa suya, se le puede acusar de panteista *sui generis*; porque necesitaba reasumir en sí mismo todos los modos de ser; porque necesitaba ser puro é impuro, casto y libertino, religioso y ateo; ser, en fin, universal. Este parecido que tuvo con su época le ha perjudicado un tanto. Como casi todos los talentos contemporáneos, si él hubiera anhelado menos, hubiera alcanzado mas: encerrado en mas modesto círculo, se desarrollaría toda su grandeza á las mil maravillas.

Cierta vez que, en las cercanias del Observatorio, entre la Maternidad, el Valle de Gracia y el Luxemburgo, entráramos en aquella singular vivienda que tambien le caracterizaba, casa cuyo solo lujo consistia en baños de mármol blanco contruidos por orden suya, llamónos la atencion desde el punto de nuestra entrada una estatua de simple yeso, que representaba al emperador Napoleon de cuerpo entero, adornado con el *redingot* y el antejo de ordenanza. Pegado con oblea en el plinto de la estatua, advertimos un papel, en que habia escrito Balzac de su propio puño:

Lo que él no pudo acabar con las armas  
lo acabaré con la pluma.

HONORATO DE BALZAC.

Y lo creia ciegamente.

No provoque á risa el genio porque imagine sublevar el mundo de los hechos, como evoca el mundo de las quimeras. ¿O se llamará su intento ilusion descabellada, cuando la hemos aumentado nosotros mismos con nuestros errores? ¿No hemos creído nosotros tambien que el genio es un gigante entre los hombres? ¿No hemos creído que el que sabe deleitarnos puede ser la palanca de los pueblos? ¿Y por qué Balzac, ese genio bizarro, no habia de pensar como nosotros? ¿Tenia él menos talento que nosotros?

¡Ay! muy tarde pudo conocer que aunque el siglo le habia nutrido con sus ilusiones, el artista posee su mundo aparte, lejos del contacto del otro mundo real. ¡Terrible desengaño para un carácter tan vehemente! Y si al menos hubiera sido este solo... pero sufrió muchos durante su vida. En el punto en que su talento, olvidado al principio, y ya proclamado y venerado, iba á ayudarle á realizar el sueño de sus sueños, la vida señorial y sibarítica, el lujo, los placeres. cuando volvía á su pais lleno de gloria, poderoso, vencedor de los obstáculos que la envidia y la bajeza ponen siempre á los grandes talentos, en este punto, repetimos, pisa Balzac el suelo de su patria, y muere!

Sin duda que hemos perdido mas de una obra escelente. Su imaginacion era siempre vigorosa, observadora: de aquí esa potente vitalidad, esa energía que maravilla en sus libros. Influida de las ideas del siglo actual, esa imaginacion ha creado los Rafael, los Gobseck, los Goriot, los Nucingen y los Marneffe, personajes que no se pueden censurar sin escupir esa misma censura al rostro de nuestra época. Dos terceras partes de su vida tuvo el escritor que pasar de una manera muy estraña, hasta impregnarse en el espíritu que despues fué suyo. Veinte y cinco volúmenes de reminiscencias livianas habia escrito, cuando de repente se encontró en 1830 en su elemento. Una novela publicada en la *Revista de París* fué el primer rayo de su gloria, rayo que sucedía á una oscuridad completa, y á quien debian seguir padecimientos crueles terminados por una muerte prematura. Todo lo que él habia observado, soñado, meditado, deseado y atesorado para sí, los gigantes que habia ido amasando poco á poco, saltaron desde su paleta al lienzo, arrancando un grito de admiracion general. Aquel fué el mediodia espléndido de su existencia.

Entonces salieron de su pluma en procesion interminable, las personas de ese drama que ha hecho palpitar á todos los corazones femeninos y llorar á toda nuestra juventud. Ni ellas ni su recuerdo morirán: las costumbres, las ideas y las tendencias de nuestro siglo le reconocen por su pintor; en una palabra, sin Balzac no estará completa la historia de estos cincuenta años. A nosotros particularmente toca renovar la luz de su gloria; á nosotros, críticos, de cuya comunión abominaba como del agua el hidrófobo. Bien sabemos que nada podremos darle ni quitarle, porque la fama que logra el genio no está sujeta á alteraciones de ninguna clase, sino que es un caudal que él adquiere y se deja á sí mismo por herencia. Pero al menos concedásenos el derecho de permanecer un punto contemplando al genio que nos abandona, como contemplamos al sol poniente, y de rendirle con este saludo melancólico el último homenaje que podemos tributarle.

Los dos caminos.

Decían los antiguos que al principiar la vida se ven dos caminos. Uno, el de la desgracia ó el vicio; otro, el de la felicidad ó la virtud. A la entrada del primero se encuentra á un personaje que os seduce á primera vista; lleva una máscara cubierta de colores brillantes, pero que oculta un rostro pálido, lívido, corroido por el fastidio y devorado por los remordimientos.

Os convida con seductores modales á que le sigais, y os muestra un sendero lleno de flores; pero estas flores se secan en cuanto se las toca: ocultan precipicios que solo se ven cuando ya no es tiempo de evitarlos. Al fin de este sendero hay un abismo, al que sois arrastrado y precipitado sin piedad.

A la entrada del otro sendero se presenta una muger hermosa, de imponente y severo aspecto, pero llena de bondad, que os dice:

«Jóvenes, no quiero engañaros: todo lo bueno y hermoso que hay en la naturaleza se adquiere á costa de trabajo

y penas; así lo ordenó la Providencia. Si quereis que os sea favorable, teneis que rendirla homenaje; si quereis ser vestimados de vuestros amigos, debéis hacerles todo el bien que podais; si quereis ser honrados en vuestra patria, preciso es que la seas útiles; si quereis que la tierra os dé sus frutos, es necesario que la cultiveis. En fin, si quereis tener un cuerpo robusto, es preciso acostumbrarle á obedecer al alma, y habituarle al sudor y los esfuerzos laboriosos.

»Despues de algun tiempo de pruebas, llegarais al término de vuestros trabajos, y disfrutaréis por fin de una felicidad eterna.

»Jóvenes, elegid entre estos dos caminos; en ello os va la felicidad ó la desdicha de vuestra vida entera.»

Nosotros, mas felices que los antiguos, tenemos la ventaja de poseer un guia fiel que nunca nos engañará. El Evangelio nos marca un sendero seguro é invariable, y nos están reservados muchos consuelos si seguimos sus máximas sábias y morales, y si practicamos las virtudes que nos enseña.

El camino de la virtud, por muy penoso que pueda parecer, es el único que conduce á la dicha; el del vicio, al contrario, por muy agradable que parezca al principiarle, va á parar infaliblemente al infortunio y la miseria. Es un camino espacioso en que se anda primero por medio de risueñas praderas, despues por desfiladeros sombríos y peligrosos, que terminan en precipicios, y en los horrores de una noche tenebrosa. El camino de la virtud es en su entrada menos fácil, menos agradable; pero cuanto mas se avanza en él, mas se disipan las escabrosidades, ofrece cada vez mas aspectos risueños, que se contemplan desde lejos con dulce embeleso, y á los que se aproxima uno con creciente alegría.

El tambor.

Los hombres, por desgracia suya, no buscan las lecciones de la esperiencia sino en los actos importantes que interesan á su fortuna y á su gloria; desdeñan los mil ejemplos que surgen en derredor suyo, producidos por los hechos mas vulgares. Empeñados en el difícil sendero de la vida, no se esfuerzan en conocer la buena direccion por medio de los barrancos ó de los arbustos; necesitan peñascos ó árboles corpulentos. Pero estos no se muestran sino de largo en largo trecho, al paso que los indicios menores se tropiezan á cada paso: todo consiste en verlos y comprenderlos.

Hacia yo ayer esta reflexion al oír el tambor de un niño. Es el hijo de un amigo mio que tiene todos los infantiles encantos de sus cinco años: la salud que florece, la alegría que causa placer, las caricias que enternecen. Le tuve en mis brazos el dia en que nació, le he visto crecer, y diria que le quiero como á un hijo si no supiera lo que es ser padre.

El otro dia le hallé, parado delante de una tienda de jugueteras, con los ojos fijos, los brazos caídos, y en todo el éxtasis del deseo. Le cogí de la mano, le hice recorrer toda la tienda, y le dije que eligiera el juguete que mas le agradara. ¡Fatal imprudencia! despues de un breve rato de incertidumbre, eligió el niño un tambor.

Desde entonces le oigo desde la mañana hasta la noche debajo de mis ventanas ensayando todos los toques. Si me pongo á leer, me acompaña con una llamada; si quiero pensar, me distrae con el paso de carga; si hablo, me aturde tocando la retreta. ¡Imposible me es contar con un momento de reposo! á todas horas y en todo tiempo está allí el músico aprendiz, hiriendo el parche con los palillos. Todos se impacientan, y yo, que me impaciento mas que todos, no me atrevo á decir nada, porque me reconozco como causa primitiva del mal, puesto que fuí quien le compré el tambor.

¡Cuántos hacen diariamente lo mismo que yo, y se preparan ellos mismos lo que han de maldecir despues!

¡El que gobierna, ya sea una casa ó un imperio, y empena á los que le obedecen en la via de las glorias estériles, enseñándoles á hacer ruido en lugar de ser felices!

¡Los que suministran á sus enemigos un pretexto de acusacion que van á hacer resonar en todas partes contra su nombre!

¡Los que arrancan á los pacíficos de su reposo para lanzarlos al tumulto de la accion!

¡Los que con la pluma distribuyen á la ventura la adulacion ó la censura, sin saber lo que les ha de acontecer á los demás y á ellos mismos!

¿No hacen todos con los hombres lo que hice yo con el niño? ¿No les dan un tambor?

Su ruido les perseguirá mucho tiempo y por todas partes. ¡Dios quiera que solo sea una pena, y nunca un remordimiento!

Pero oigo llorar á mi vecinito. Hace dos dias que su padre se obstina en exigirle algunas horas de silencio: rebelde el niño á todos los consejos y amonestaciones, ha continuado su ruido, y acaban de reventarle el tambor.

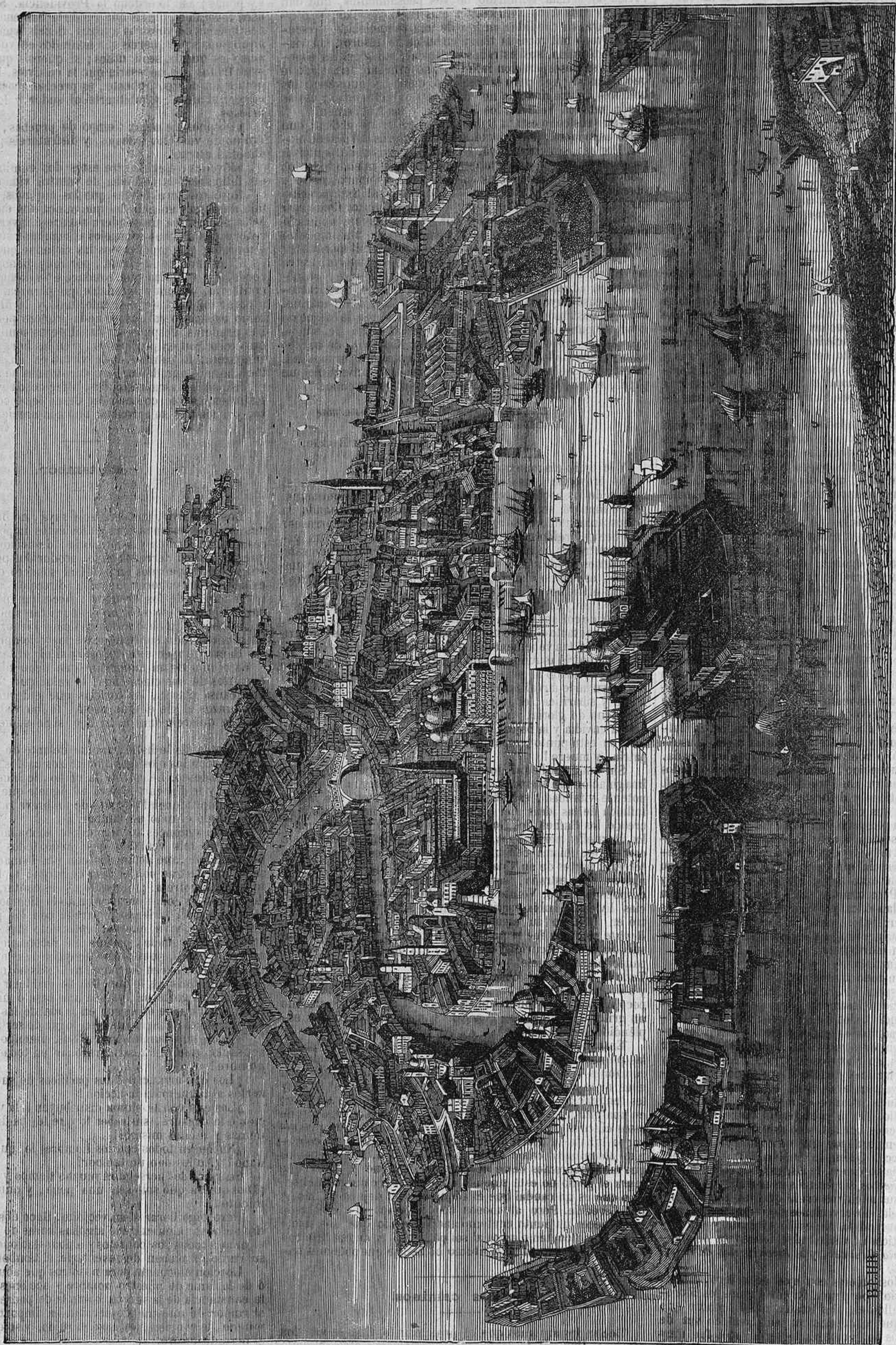
Lección elocuente para nosotros que abusamos del placer ó de la fama de nuestro nombre y acciones. Al fin, cánsase la constancia de la suerte, como la del padre del niño, cuando el rumor de nuestra prosperidad ha importunado á todo el mundo, le rompen, apágase el ruido, y solo nos resta llorar el perdido tesoro.

¡Consuélate, pobre niño! lo que echas de menos se reemplazará en breve; pero pronto serán mas graves las pruebas, y aprenderás á costa tuya que todo el que mete demasiado ruido debe apagarse y reventar su tambor.

El sobrino disipador.

Un tio reñía á su sobrino por los gastos enormes que hacia diariamente y las infinitas deudas que contraía, y le decía:

—Por todas partes tienes deudas: debes á Dios y al diablo.  
—Perdone V., tio, justamente ha ido V. á citar los dos únicos seres á quienes no debo nada.



Vista general de Venecia.

## NECROLOGIA.

### D. Manuel María de Goyri,

FUNDADOR DE LA SOCIEDAD DE SEGUROS DE CASAS EN MADRID.

El día 8 del próximo pasado falleció en esta corte una de las personas más recomendables á la estimación y buena memoria de su vecindario, uno de esos honrados, laboriosos y útiles ciudadanos cuya influencia pacífica y bienhechora alcanza á todas las clases, auxilia todas las necesidades y prescinde para ello de todos los partidos.—El mérito de esta clase de hombres entre nosotros es tanto más superior, cuanto que no va acompañado por lo regular del único galardón

que pudiera lisonjearle, cual es el aplauso de la sociedad, y la gratitud de los mismos favorecidos. La prensa misma, *órgano de la opinión*, deja pasar inadvertida la existencia ó la desaparición de una modesta vida consagrada al bien común, en tanto que no encuentra términos para enaltecer y aun deificar en vida y en muerte á los turbulentos representantes de los partidos políticos, al presuntuoso vate que produjo un drama, ó al arrogante cantor que nos distrajo una hora en la escena. Así es el mundo; así es la sociedad *civilizada*. En ella la consideración, el aplauso, y hasta la recompensa material, están en razón inversa de la utilidad positiva; el mérito modesto cede el paso á la insolente prociadad; el inventor de una máquina útil desaparece ante el brillo de un hábil discursista; el celoso administrador, el benéfico y laborioso ciudadano, pasan de incógnito eclipsados por los res-

plandores del poeta popular, del pintor afamado, del glorioso cantor.

Don Manuel María de Goyri (cuya muerte inadvertida nos ha traído á la imaginación aquellas amargas reflexiones) pertenecía á esa corta falange de seres realmente útiles, de existencias verdaderamente productivas. Su biografía carecerá acaso de interés para el público por demasiado clásica y prosaica. No figuró activamente en el drama político; no hizo versos ni comedias; no fué periodista ni actor. Por consecuencia ¿qué pudiera interesar en él? Nada en verdad; al decir al menos de los supradichos *órganos* de la pública opinión.

Una parte, sin embargo, de esta, aunque sumamente diminuta, tímida y vergonzante, reserva sus simpatías, dedica sus silenciosos elogios á aquellas existencias nobles de que

fbamos hablando; y á esta invisible, impalpable, y muda fraccion de la sociedad, habremos de acudir para recoger algunos rasgos de la vida del sugeto que hoy nos ocupa, para condolerlos de consuno en su muerte, y para derramar algunas modestas flores sobre su tumba.

El vecindario de Madrid, ya que no por agradecimiento, por egoismo al menos, debiera recordar y tener en cuenta la memoria del buen conciudadano, que inspirado providencialmente mas que por un gran talento, por una sobra de voluntad, supo plantear con éxito admirable una asociacion, verdadero modelo de buen sentido, de sencillez y de orden, que asegurando á las propiedades contra los riesgos de los incendios, centuplicó su valor, consolidó su garantía, y dió lugar á que sumas fabulosas se hayan dedicado despues á regenerar y embellecer el caserío de nuestra capital. A él pues, deben su sueño tranquilo el opulento y el modesto propietario; á él el vecindario en general la mayor suma de comodidades, de ostentacion y de brillo.

El señor Goyri, que pertenecia bajo ambos conceptos, de vecino y propietario, á la poblacion de Madrid (aunque nacido en 1784 en el lugar de Bárcenas del Valle de Mena) se hallaba en 1821 en muy buena posicion social por sus bienes de fortuna, por su empleo en el tribunal mayor de cuentas y por su notoria honradez y patriotismo. Esta reunion de circunstancias, causa de sus numerosas relaciones con todas las clases, su observacion y buen juicio especial, despertaron en su imaginacion una idea dominante y se apoderó de ella bajo un punto de vista tan sencillo y natural, que no se sabe que admirar mas, si lo grandioso del pensamiento, ó lo nuevo de la forma; una de estas ideas primitivas que parten naturalmente mas del corazon que de la cabeza, que por su misma claridad y sencillez hieren instantáneamente todas las imaginaciones, se apoderan de todos los ánimos, y haciéndolos familiarizarse con ella, llegan á poner en duda hasta el nombre de su inventor.

El señor Goyri, como todos los propietarios antiguos de Madrid, habia sido testigo de los infructuosos resultados que produjeran la multitud de proyectos que de muy atrás se venian proclamando para formar en Madrid la primera sociedad española de seguros mútuos contra incendios; y recientemente por aquella época (1820) habia leído y meditado dos flamantes reglamentos formados por los señores don Francisco Dufó y don Agustín Mehelín (ambos franceses) para fundar otras tantas asociaciones de seguros por el estilo de las que aseguran á los fundadores contra los riesgos de la miseria allá en las márgenes del Sena, y semejantes tambien á otras muchas que despues hemos visto desplegarse en las del Manzanares.—Habia visto Goyri, volvemos á repetir, con el sano criterio y el buen instinto de la fria razon, el ostentoso aparato, la complexa combinacion de aquellas máquinas de salvamento, propuestas por ambos transpirentes; la magnífica esplanacion de utilidades y dividendos; el suntuoso alarde de directores, administradores, secretarios y otros oficiales, retribuidos con sendos emolumentos; las pensiones y viudedades; los fondos en caja, y el ruido de oficinas y boato de administracion.—«¿Y qué bienes nos vienen con esta gracia?»—Dijo entonces Goyri, y dijeron con él varios de sus amigos propietarios de Madrid. Pues para asociarnos, para dirigirnos, y para indemnizarnos de nuestros daños respectivos ¿necesitamos acaso de embolistas estrangeros, de grandes combinaciones ni mecánicos aparatos?—Dado á pensar y discurrir en esta sencilla idea, comunicóla en sus bases primitivas á sus amigos los propietarios don Mariano Monasterio y don Timoteo Rodríguez Carrillo, quienes adoptándola ardentemente y resueltos á vencer la indiferencia, la oposicion y los obstáculos materiales que salieran á contradecirla, se consagraron de consuno á ponerla en práctica con una diligencia y abnegacion singulares.

El día 27 de octubre de 1822 pudo al fin el señor Goyri esplanar su pensamiento y proponer las sencillas bases de su proyecto á una reunion de propietarios, que por fortuna supo acogerle con el entusiasmo y favor que merecia. Reduciose pues, á formar entre todos los dueños de casas de Madrid que quisieran pertenecer á ella, una sociedad de mútua garantía en que cada socio fuese á un tiempo asegurador y asegurado, obligando á hipotecando sus fincas á los daños causados por incendios, é indemnizarse recíprocamente á prorrata del capital asegurado. Propóniase tambien que, á fin de evitar abusos, no se hiciesen mas desembolsos que uno al principio de cada año, y únicamente hasta en la cantidad necesaria para cubrir las indemnizaciones de los daños



D. Manuel María de Goyri

causados, no existiendo nunca en arcas mas suma que la indispensable para los gastos corrientes, ni mas empleados que un tenedor de libros, dos arquitectos para las tasaciones, un portero y una bomba. Y por último, era condicion de la sociedad, segun el proyecto de Goyri, el que todos los cargos de directores, contador, tesorero, secretario y archivero fuesen gratuitos y desempeñados por los mismos socios elegidos anualmente en junta general de los primeros quince dias del año, en la misma que se daria cuenta del estado de la sociedad, de las indemnizaciones acordadas, y del repartimiento á que tocaban para el año entrante.

Tan sencillo plan, tan benéfica idea no pudieron menos de cautivar la atencion y obtener el asenso de todos los concurrentes á la primera junta, y resueltos á llevar á cabo el

de 1831 cuenta la sociedad (segun los estados que se presentarán en este mismo día á la junta general) con 4547 socios y 6361 edificios inscritos, (que es casi el total de los que comprende el casco de la poblacion), por el asombroso capital de 1244.824,326 reales, cuya respectable garantía con dificultad ofrecerá ninguna otra compañía ó empresa conocida en Europa con objeto semejante.—Y con este admirable sistema, y con tal pureza y orden en su administracion, que á pesar de los frecuentes incendios (algunos de gran consideracion) ocurridos en los 28 años que lleva de existencia la sociedad, no se han hecho en ellos mas que 16 repartimientos, ó pagos, el mayor de  $\frac{1}{4}$  de real por millar asegurado, y el total de ellos ha ascendido en todo aquel tiempo á  $5\frac{1}{4}$  de real por mil, con cuyo cortísimo sacrificio, y el de  $\frac{1}{4}$  al ingreso de cada socio, se han cubierto todas las indemnizaciones, además de los gastos de honorarios, arquitectos y demás.

Goyri pues, que por acuerdo de la junta general de 13 de enero de 1833, recibió de los propietarios de Madrid un público testimonio de gratitud, habiendo dispuesto que se hiciera su retrato por el señor Tejeo para colocarle en la direccion, (1) ha podido llevar al sepulcro la satisfaccion de haber planteado la sociedad modelo de su género, admirable por sus sencillas bases, por su ordenado mecanismo, por su altísima importancia y su generosa filantropía. Y tanto es así, que el que esto escribe tuvo el honor de remitir á petición suya al embajador de Inglaterra, Sir Jorge Williers (hoy Lord Clarendon) un ejemplar de los estatutos de esta sociedad y otro de los de la Caja de ahorros, no menos sencilla noble y generosa institucion local.

Tambien en esta, inaugurada en 1839, tocó una buena parte al modesto y bondadoso Goyri. Reunido con los señores Marqués de Pontejos, Acebal Arratia, Guillermo Moreno, y Mesonero Romanos, formaron por nombramiento de S. M. la junta fundadora directiva y gratuita de dicha Caja de ahorros, cuyo brillante resultado es notorio á todo el vecindario, y en los graves y delicados trabajos de su instalacion tomó parte Goyri con el celo que le era característico, si bien sus años y achaques le obligaron á dimitir posteriormente aquel cargo.

Por último, y además de estos honrosos y gratuitos trabajos, y por consecuencia de su buena opinion entre sus convecinos, fué elegido y desempeñó sucesivamente en 1833 y 34 los cargos de alcalde constitucional, y diputado provincial, y en todos ellos así como en su empleo de contador de exámen de 1.ª clase del tribunal mayor de cuentas, dió pruebas constantes de su inteligencia, su celo y probidad nada comunes.

Si la indiferencia de sus conciudadanos agitados por

otras ambiciones y entusiasmos ha presenciado inadvertida la desaparicion de uno de los mas útiles y benéficos, nosotros que nos proponemos consignar en la ILUSTRACION todos los acontecimientos prósperos ó adversos de la época, no podemos menos de dedicar una página á la buena memoria del fundador de la sociedad de Seguros, don Manuel María de Goyri.

R. DE M. R.

Venecia.

Al salir de Roma lleva uno tras sí la impresion de que el gran libro de la Italia se ha cerrado, y todo lo que os habia seducido á la primera vista, se debilita á nuestra vuelta. La misma Florencia, la encantadora ciudad, no se liberta del desencantamiento que persigue al viajero: apenas si las maravillas del palacio Pitti y de la tribuna tienen despierta la curiosidad; la Niobe solo obtiene un homenaje reflexivo, y la imaginacion la compara al Vaticano, la patria de todas las grandes obras.

Despues de Roma y de Florencia todo parece pálido y frío. Mas allá de Apenino no hay ya Italia; en vano Bolonia os abre su encantador Museo, y Ferrara muestra los recuerdos de Ariosto y del

Tasso; se cree haber tocado al último límite del pais, y se entristece el alma al ver un cielo menos azulado, al respirar un aire menos puro. La imaginacion, conmovida y fatigada, replega poco á poco sus alas, y se resigna al dolor del supremo adios á la tierra de Italia.

Despues, un día que la tristeza os abruma, día nebuloso y oscuro, hora de meditacion y de fatiga, veis de repente aparecer en medio del mar una cosa que se asemeja á una ciudad, algo que crece á medida que os acercáis, que os

(1) Copia de este retrato es el grabado que acompaña á este artículo.



Vista de la Plaza Mayor de Chamberí.

pensamiento, nombraron una comision de los mismos para proponer un reglamento igualmente sencillo, que le hiciese practicable. Presentado, discutido y aprobado este en la segunda junta del 10 de noviembre siguiente, se celebró la general de instalacion el 30 del mismo noviembre, y en ella fueron nombrados directores el fundador don Manuel María de Goyri, y don Francisco Izquierdo.—Hízose pública la existencia de la Sociedad, poniendo en conocimiento del vecindario que las suscripciones ó adhesiones hechas hasta aquella fecha, subian ya á la importante suma de 69.504,428 reales; y continuando estas en una progresion admirable en los años sucesivos, ha llegado á un término que hoy 12 de enero

de 1822 pudo al fin el señor Goyri esplanar su pensamiento y proponer las sencillas bases de su proyecto á una reunion de propietarios, que por fortuna supo acogerle con el entusiasmo y favor que merecia. Reduciose pues, á formar entre todos los dueños de casas de Madrid que quisieran pertenecer á ella, una sociedad de mútua garantía en que cada socio fuese á un tiempo asegurador y asegurado, obligando á hipotecando sus fincas á los daños causados por incendios, é indemnizarse recíprocamente á prorrata del capital asegurado. Propóniase tambien que, á fin de evitar abusos, no se hiciesen mas desembolsos que uno al principio de cada año, y únicamente hasta en la cantidad necesaria para cubrir las indemnizaciones de los daños

sorprende primero y que os agrada luego; Venecia, en una palabra: Venecia la bella, la rica, la poderosa, la tiránica; Venecia, hoy pobre y despojada, que ha sufrido los ultrajes del tiempo, mas cruel que sus vencidos, hoy mismo la oprimen sin embargo con una cintura de ejércitos y de buques.

Nada mas triste que el primer aspecto de esta Pompeya moderna, que se llama Venecia. Imaginaos una ciudad herida por una calamidad reciente, que hubiese respetado los muros y muerto á sus moradores, y podeis figuraros la emocion que se apodera del corazon, no esa emocion vivificante que inspiran las ruinas romanas, sino esa tristeza vaga, ese pesar profundo que se apodera de vosotros á vista de una mansion espléndida y desierta, cuyos habitantes parecen haber estado allí un momento antes, ó un teatro medio alumbrado y vacío de espectadores, ó un salon de baile al día siguiente al de una fiesta.

Venecia lleva en efecto todos estos caracteres diferentes; su poder ha sido inmenso y facticio como la arenosa tierra sobre que se levanta; ha sido sombría y cruel, pero tambien alegre y magnífica. El puente de los Suspiros se halla al lado de los lienzos de Pablo Veroneso; entre los pozos del palacio ducal y los plomos donde gemian los presos de estado, se desplegaban todas las maravillas de las artes. Moríase allí sin ruido, pero se vivia con estrépito. La mitad de la Europa era tributaria de esta ciudad salida del seno de las lagunas; nada detenia la ambicion colosal de un puñado de hombres que temblaban ante el esceso de su poder; pero cuando llegaba de lejos la gran flota de Levante cargada con todos los tesoros del mundo, se olvidaban las víctimas de una tiranía sorda é inflexible: Venecia entera se empavesaba á los gritos de una poblacion ebria de alegría y disponiendo á su albedrío de todos los placeres, como de todas las riquezas de la tierra.

Las orillas del gran canal se ven adornadas de una serie de palacios, mas bellos los unos que los otros, pero silenciosos y medio abandonados. Algunas raras gondolas negras como fétrosos, se deslizan rápidamente sobre las ondas; de tiempo en tiempo se abre una persiana, y una mirada furtiva cae sobre el extranjero, mirada de curiosidad, sin interés y sin vida; alguna vez un pie encantador, calzado con una sandalia veneciana, levanta la cortina del balcon inclinado sobre el canal; pero nada interrumpe el silencio, á no ser el grito monotono de los gondoleros que se responden entre sí. Esas vastas moradas, esos espléndidos edificios, mitad italianos, mitad moriscos, imploran la limosna de un recuerdo. La actual Venecia se reasume en el centinela que se pasea lentamente al pie del palacio Pisani, ó del palacio Foscarini, y que parece esperar, el arma al brazo, el postrer suspiro de la ciudad agonizante. Ni el rumor de los campamentos, ni el clamor que levantan los sitiadores austriacos pueden despertarla.

Tal es la primera impresion que causa Venecia; pero no hay que detenerse en ella. Apresuraos á subir en una gondola que os transporte á los Esclavones; á medida que avanzais, todo reviste una nueva forma. Si un rayo del dulce sol de la Italia ilumina la fachada de san Jorge y la isla de la Guindecca, el cuadro mas encantador se despliega ante vos, y cuando poneis la planta en la *Piazzetta*, la tristeza que os oprimia el corazon se disipa, y queda el alma muda de sorpresa y de admiracion; al ángulo derecho, el palacio del *Dux*, inmensa fábrica de la edad media, curiosa muestra de esa arquitectura veneciana que no se parece á otra alguna; á la izquierda, los arcos de la *Procuracia*; en el fondo, el lado lateral de la Basílica, cuyo efecto no es completo sino cuando se la considera desde en medio de la plaza de san Marcos. Despues de cuanto se ha visto en Italia; despues de la cúpula de Milan y la Cartuja de Pavia; despues de san Pedro de Roma y de todas las iglesias que forman su cortejo, san Marcos os seduce como una creacion espontánea, una obra fantástica, concebida bajo la doble influencia del estilo bizantino y del estilo árabe, maravillosamente enlazados al gusto de la Italia, semejante á un poema oriental que una pluma hábil hubiese transportado á un idioma de Europa.

La Basílica data del siglo X. No pertenece á ningun estilo, pues jamás mezcla igual de todos ellos se ha intentado. San Marcos es á la vez griego, romano, gótico, morisco y bizantino; pero el árabe predomina en lo exterior y el bizantino visiblemente en la arquitectura interior. Nada hay mas pintoresco que esta amalgama de Roma, del Cairo, de Constantinopla y de Aquisgram. La riqueza de los materiales es inestimable; todo allí es pórfido, jaspe, mosaico, bronce, mármoles preciosos de todos colores; el conjunto es de un colorido y de un efecto que no tiene semejanza.

Toda la vida que hay en Venecia se ha refugiado á la plaza de san Marcos y á sus cercanías. Allí parece que el corazon late, muerto fuera de aquel sitio. Cuando se ha pasado el espacio que contiene tantos monumentos preciosos, se sorprende uno de la soledad en que languidecen las otras partes de la ciudad; creyérase que el sol concentra á placer sus rayos sobre esta porcion viva y animada; y cuando la hora fatal haya sonado para Venecia, san Marcos será el postrero en morir; con él se abismarán los trofeos de su pasada grandeza, las obras maestras de sus artistas, y solo quedarán del prodigioso esfuerzo de la voluntad humana, que ha creado y sostenido á la poderosa república, algunas ruinas en el fondo del mar.

El palacio de los *Dux*, como la plaza de san Marcos, son el emblema de este poder. No se entra en el palacio, no se sube la escalera de los gigantes, sin sentirse vivamente conmovido por los recuerdos que hace nacer este inmenso edificio. La gloria, como la tiranía, han dejado en él profundas huellas; bajo el aspecto artístico, el palacio ofrece por do quiera una profusion de cuadros, de esculturas de inmenso precio: allí se han reunido los grandes jefes de la escuela veneciana; allí brillan en primer término Pablo Veroneso, el Tintoret y los dos Palmas; y el cuadro mas bello de Pablo Veroneso, el *Robo de Europa*, está en una de las salas del palacio.

Despues, cuando uno se ha fatigado en contemplar estos tesoros del arte, os proponen visitar los entresuelos, llamados *plomos*, y se os hace descender á horribles calabozos, privados del aire y de la luz, y que se llaman *los pozos*. Entonces la imaginacion se figura á los grandes artistas, produciendo sus grandes obras en el momento en que, al-

gunos pasos debajo de ellos, las víctimas de la política veneciana espiraban sofocadas ó ahogadas, sin que se oyese el mas ligero grito y sin que nada turbase el orden exterior de la vida y los goces de aquellos hábiles y cruels oligarcas.

En una de las salas del palacio se encuentran los retratos de todos los *Dux*; en medio de estas pinturas, brillantes y ricamente decoradas, se ve uno vivamente sorprendido por un cuadro vacío, cubierto de un velo negro, sobre el cual está escrito el nombre del *dux* Marino Faliero, decapitado por haber hecho traicion á la república.

Prodigiosos trabajos, verdaderamente romanos, van á enlazar Venecia á la tierra firme. Trátase de unir la ciudad á un sistema de relaciones comerciales é industriales con el Norte de la Italia; pero Trieste está allí para impedir el éxito de este plan; Trieste es la rival de Venecia, y la joven ciudad comerciante acabará por absorber á la vieja ciudad aristocrática.

Bajo el aspecto pintoresco, Venecia está amenazada de perder toda su originalidad: cuando los caminos de hierro hagan llegar al viajero al pie de la aduana, la sombra del anciano Dandolo no planará ya sobre Venecia, y el leon de san Marcos tendrá que descender de su columna. ¡Singular y fatal prerogativa del espíritu moderno, la de borrar todos los contrastes, aproximar las costumbres y las distancias, someter á un mismo nivel los hombres y las cosas, y volver á empezar de nuevo la historia de la Europa, reducida á su mas simple expresion!

Pero tengo prisa por revestirme con la blusa del artista y montar en la gondola que dará la vuelta á las islas. La mas encantadora de estas exploraciones tiene por objeto el convento armenio de san Lázaro. Medio recostado en la descubierta gondola, se ven desarrollarse ante los ojos mil puntos de vista deliciosos: la calma de las olas, el brillo del sol, la agilidad de los gondoleros, todo os invita á esa vaga meditacion, cuyos cantos solo en el Mediodía se sienten. Cuando desembarcamos, los religiosos nos recibieron con interés; uno de ellos, el P. Gabriel, nos hizo ver la biblioteca, la iglesia y el jardin del convento. Estos religiosos están sometidos á la autoridad del papa, pero no dependen de su jurisdiccion: el servicio divino se hace en armenio, y el interior del templo difiere de una iglesia del culto romano por el velo que separa el altar de la nave, uso que trae su origen de la iglesia de Oriente. Veinticinco jóvenes armenios estudian en el convento las letras orientales y occidentales, y los religiosos continúan publicando obras de alta literatura. La vista admirable que se disfruta de lo alto de la azotea; la calma que reina por todas partes; la salubridad del aire, y la frescura de una mar tersa como el cristal, dan á esta soledad algo de dulce y de risueño. La regla no es severa, y la existencia de un literato disgustado del mundo seria allí cómoda y fácil. En este convento estudió lord Byron la literatura oriental.

La fisonomía del pueblo en Venecia presenta pocos rasgos distintivos; parece allí menos italiana que en otras partes, tanto por la mezcla de los extranjeros, que abundan, como por la natural flexibilidad del carácter local. Solo los gondoleros conservan un tipo distintivo; pero dentro de poco el gondolero veneciano irá á reunirse á la *cortesana* de Venecia, al *lazorone* de Nápoles, al bandido de los Mares Pontinos, á la pupila tepida detras de una celosía cerrada, al confesor tiránico, al celoso implacable, la capa hasta las cejas y el puñal en mano, tipos todos desvanecidos y que solo se encuentran ya en las obras de los poetas é en los lienzos de los artistas.

Venecia, como la Italia toda, abre inmenso campo al pensamiento. ¿Qué grandeza en lo pasado puede compararse á la suya? Pero tambien ¿cuánto dolor, cuánta amargura se ha visto obligada á apurar! El aspecto de la Italia, dando á la inteligencia y á la sensibilidad la medida de sus fuerzas, nos dispone á derramar sus dones; las ruinas de todos los siglos os rodean por do quiera. Despues de un día encantador, pasado en medio de Roma, ó á orillas del golfo de Nápoles, ó sobre las dormidas lagunas de Venecia, cuando las profundas tinieblas de una noche de Italia cubren el horizonte, y que el pueblo corre acá y allá en busca de vulgares placeres, un sentimiento de melancólica tristeza se apodera sin querer del corazon; y si una mano querida no esta allí para sostener vuestra frente desfallecida, los goces mas deliciosos se convierten en horas de pesar y de desfallecimiento.

La historia de Venecia es una de las mas románticas. Los habitantes del litoral de Padua, huyendo de Atila, fueron á buscar un asilo en la pequeña villa de Rialto, situada en el centro de las lagunas, y este fué el origen de Venecia. En 677, todas aquellas pequeñas repúblicas, colocadas en medio del mar, se dieron un gefe con el título de *dux*. El mar hizo la fortuna de Venecia, y todos los años el *dux* subido sobre el Bucentauro, iba á arrojar un anillo de oro en las aguas, para decir al mundo que, así como la esposa está sometida al marido, el mar estaba sometido al *dux* de Venecia. En 1310, la aristocracia triunfante, en su lucha con el pueblo, creó el terrible tribunal de los diez. Poderosa en los siglos XIV y XV, Venecia vió su muerte con el descubrimiento de un nuevo mundo. Napoleon primero, el Austria luego, acabaron con su constitucion; y hoy lucha por recobrar su nacionalidad y un poder que acaso ha huido de ella para siempre.

## UN POLLO Y UN GALLO.

### HISTORIA DEL AÑO PASADO.

#### I.

No será extraño que la posteridad se dé de calabazadas al tratar de averiguar la razon, causa ó motivo por qué en nuestros tiempos se ha denominado á ciertos mocitos con el epíteto de *pollos*. Yo que soy un tanto afecto á escudriñar ciertas cosas, he pasado mas de un mal rato por tener el gusto de dejar averiguada esta que hace tiempo llama mi atención. De aquí la causa por qué he tratado de investigar y comprender la analogía que podrá haber entre un verda-

dero pollo, y un pollo por antonomasia; mas á pesar de mis esfuerzos, me veo en el duro caso de tener que confesar á mis lectores que hasta la hora presente todas mis investigaciones han sido infructuosas. No he podido encontrar ni el mas remoto vestigio, ni la mas pequeña prueba que explique satisfactoriamente para mí una calificación en que los un tanto escrupulosos en materias de lenguaje han hallado muy poca propiedad, ó como diria un erudito á la moderna, ninguna filosofía. Sin embargo de lo dicho, deseo de que los venideros siglos no se rompan la mollera en descifrar logografos para presentar despues suposiciones por hechos, y conjeturas por pruebas, como he visto que lo han hecho mas de una vez escritores de alguna monta, he pensado apuntar aquí cuatro observaciones de cosecha propia sobre el asunto en cuestion, que tal vez lleguen á ser algun día de la mayor importancia para aquellos que tengan la humorada de ocuparse de semejante género, aunque en verdad han de sacar poco provecho de tal ocupacion.

Todas las épocas y todos los tiempos han tenido su manera de calificar ridículamente á esa juventud superficial, casquivana y melindrosa, que afeminándose hasta confundirse en muchas ocasiones con el bello sexo, le hubiera estado mejor en sus delicadas manos, como dijo un escritor célebre cuyo nombre se me ha olvidado, la rueca, que la pluma ó la espada. De algunos años á esta parte, semejante afeminamiento ha tenido un extraordinario desarrollo, especialmente entre algunos jóvenes de diez y ocho á veinte y dos años; de manera que los hombres un poco machuchos y no menos graves, pero que no han perdido todo su buen humor, no han podido resistir á la tentacion de nombrar á tales señoritos de un modo que castigue con el ridículo sus extravagancias. Los que ya peinamos canas hemos conocido una porcion de fluctuaciones y peripecias en este género, dándole siempre nombres de una etimología tan oscura que se pierde en la noche de los tiempos. Yo recuerdo, entre otros, los de *perimetres*, *pisaverdes*, *currutacos*, *lechuguinos*, *peripaléticos*, (no vayan Vds. á creer que se trata de los filósofos así denominados) *elegantes*, *románticos*, *leones*, *dandys*, *silbantes*, y finalmente *pollos*.... Todos estos señoritos han sido siempre los héroes de una porcion de esas novelitas de café que constan de un solo capítulo, en las cuales se empieza ó acaba por un duelo á muerte, por robar alguna oprimida niña á un indigesto y ceñudo tutor que por pereza no quiere desprenderse de tal alhaja, ó mas bien de una cuantiosa dote que el mocito en cuestion sacaria muy bien á que la diese el aire (por supuesto á la dote, no á la niña) por chascos á sus maridos, que además de sufrir las infidelidades de sus *Lucrecias*, tienen que ir á batirse en descomunal batalla con algunos de estos Roldanes y Gaiferos, para perder con su honra algun brazo ó una oreja.... Ya figuran dueñas de esas de colmillo retorcido, seducidas y engañadas; ó otra porcion de hechos de la misma estofa con que podrian llenarse algunas columnas de la gaceta de un periódico, y que aventajan en mucho á las aventuras de Gil Blas de Santillana, á la historia de don Belianis, ó á cualquiera de las de los caballeros de la tabla redonda.

El lector me perdonará la anterior digresion, que no he querido suprimir, y podrá servir muy bien como de prólogo ó introduccion á la historia que traigo entre manos, por ser el héroe de ella uno de esos *pollos* de la primera tigura, un poquito crestudo ya, pero que tiene que habérselas con un gallo de aquellos de largos y afilados espolones, contra quienes no sirven estrategias.

En uno de esos días tan frios como hermosos y despejados del invierno, frecuentes en Madrid de algunos años á esta parte, hallábase el paseo de Atocha muy concurrido, mas por la calidad de las personas que en él habia, que por el número. Solo la moda, la caprichosa moda que trastorna el cerebro á cuantos quemán incienso á tan veleidosa deidad, pudo hacer el sitio predilecto para el paseo, en el año en que pasa la presente historia, á un camino de árboles, estrecho, desigual, lejos de casi toda la poblacion, y sobre todo á la falda de un cerrillo donde mas de una vez las personas de la alta aristocracia solian ver algun espectáculo de esos que ofenden á dos sentidos por lo menos, y no á los cinco, porque los otros tres no hacen uso de sus facultades á causa de la distancia que los separa del objeto ofensivo. Pero los *revisteros* y *gaceteros* de los periódicos habian anunciado repetidas veces que el paseo de Atocha estaba muy concurrido; que asistían todos los días la condesa X, la marquesa Z, el vizconde Q, y hasta un abecedario completo de condesas y marquesas, y las que no lo son, pero que andando el tiempo tienen sus esperanzas de serlo, fundadas sin duda en las muchas improvisaciones que ha habido de tal género, no podían faltar ni un solo día al paseo donde van constantemente las primeras notabilidades aristocráticas y metálicas, cuyos nombres son ya muy conocidos de todos los cajistas de los periódicos. Escusado será añadir aquí que, al tratarse de modas, los primeros que las adoptan, por extravagantes y ridículas que parezcan, son los pollos, prototipo y personificación de ellas, tanto en su conjunto como en el mas pequeño de sus detalles.

Tenia su correspondiente *localidad* en Atocha, pedida desde luego con mucha anticipacion en *contaduría* y pagada con el *recargo* de ordenanza, don Adolfo de H. M. N. S. T., mocito de veinte y un años, poco mas ó menos, lindo como uno de aquellos donceles de la edad media, de cabellera rubia, rizada y perfumada, ojos azules, tez sonrosada, labios de coral, dientes de perla y cuello de alabastro: parecia uno de aquellos héroes de las historias caballerescas destinado á alguna escena de laud para entonar amorosas trovas, á la orilla de plateados lagos, donde cantaban espumosos cisnes, cuyas aves debían tener entonces un canto mas agradable que ahora. Es escusado añadir que era corto de vista, al menos que llevaba sus correspondientes lentes á la gineeta, pues es cualidad *sine qua non* ningun pollo puede pasar. Tambien tengo por demás decir que nuestro héroe hacia venir del extranjero cuanto necesitaba para el adorno de su persona, sintiendo no poder traer de Paris ó Londres hasta el agua con que se lavaba. Es una cosa terrible para un pollo esto de zambullir su delicado rostro en agua de la fuente de Cibeles ó de la de Puerta Cerrada...

Almivarado y perfumado como nunca, se encaminó este día nuestro buen don Adolfo hacia el paseo de Atocha. Apenas hubo tomado posesion de su sitio, cuando montó sus

lentes sobre sus narices, y comenzó á dirigir miradas á diestro y siniestro á cuantas bellas y no bellas lucian sus galas en el paseo. Como á la mitad de este se encontró frente á frente, ó como él dijo despues en su idioma favorito *vis-à-vis*, con una de esas niñas que muchos creen solo hay en Madrid, y les parecen tan bellas que ni hay pluma que las describa, ni pincel que las retrate. Son la realizacion de uno de esos sueños de los artistas que se atribuyen generalmente á un estado de excitacion febril. *Miróla* don Adolfo, y sus ojos se encontraron con los de aquella beldad, que le *miró* de cierta manera que el bello sexo sabe *mirar*, nosotros no podemos explicar, pero todos comprendemos... Al momento don Adolfo se sintió herido mortalmente. Aquella *mirada* fué una flecha; ¡pero qué digo!... una lanza polaca que habia traspasado el entretelado gabán, el frac, chaleco, y tres camisas por lo menos, hasta pasar de parte á parte el corazon de nuestro héroe. ¿Pero quién era aquella hermosura cuyas *miradas* mas penetrantes que un puñal de Albacete tales estragos habian causado en el apreciabilísimo jóven don Adolfo? Esta misma pregunta se hacia él, cuando á la segunda vuelta que dió en el paseo con objeto de ver si podia resistir otra de las flechas que al descuido y con cuidado aquella beldad lanzaba, vió que en su principio habia parado una magnífica carretela tirada por un par de briosos caballos, esperando á la que ya era dueña y señora de sus pensamientos. Apenas la mamá y la niña subieron á su carruaje, el lacayo comunicó al cochero la orden de marchar á casa de los señores. Esta orden la oyó don Adolfo, y creyendo que una niña que á la circunstancia de parecerle linda reunía la de ir en coche, no era *ocasion* que debia dejarse escapar, se decidió á seguir el carruaje para conocer la calle donde estaba el palacio que servia de morada á tan angelical criatura. No era ciertamente en ninguna de las del centro, y nuestro buen amante tuvo que atravesar casi todo Madrid á un trote de caballo inglés (salva sea la comparacion) que le dejó bien molidos los huesos; pero pudo conseguir que al llegar su adorado tormento á su casa y apearse de su cómodo carruaje, advirtiera al elegante del paseo de Atocha, que limpiándose con un blanquísimo pañuelo un abundante sudor que cubria su amorado rostro, buscaba una *mirada* que le indicara que aquellas angustias, y sobre todo la fatiga que oprimia sus pulmones, no serian un estéril sacrificio hecho en las aras de tan sin par belleza.

Otra nueva *mirada* mas espresiva que la primera vino á profundizar la herida abierta ya en aquel corazon de mantecilla de Soria, y fué la causa de escenas y acontecimientos que no digo ahora, porque me he propuesto referirlos en los capítulos siguientes.

II.

Eloisa de X, hija del rico banquero don Serafin de X y de doña Eduvigis de Z, (1) era una de esas niñas que los pollos acostumbran á llamar *espirituales*, que sufria mucho de los nervios al saber una ligera indisposicion de su cotorrea; pero que trataba á zapatazos á sus doncellas. Sus papás que la querian con una ternura sin límites, no habian tenido jamás resolucion bastante para oponerse ni al menor de sus caprichos, y la voluntad de Eloisa era lo que suele llamarse una voluntad virgen. Tenia diez y ocho años, y á pesar de la *esmerada* educacion que sus papás la habian proporcionado, necesitaba de todos los millones del señor de X para sostener sus infinitos caprichos y despilfarros. El presupuesto para sus gastos de modistas, floristas, guanteros y perfumistas parecia redactado por un ministro de hacienda con mayoría en gobierno representativo, y en la confianza de que jamás se ponía á discusion ninguno de los artículos en él contenidos porque el papá era un buen pagador, nuestra niña lejos de pensar en modificaciones y economías gastaba sin consuelo. Ya hacia venir del estrangero un prendido para la cabeza, pagando por el porte diez veces mas de lo que el tal adorno valia: ya obligaba á sus modistas á hacer y deshacer tres ó cuatro veces un vestido ó un sombrero aun cuando estuviere bien, para desahogar por este medio un momento de mal humor, causado porque sus doncellas tardaron dos minutos mas que lo ordinario en hacerla la *toilette*; de manera que á pesar de que sus papás habian empleado muchísimo dinero en el pago de maestra que hiciesen de su hija una niña *com'it faut* y tan *fashionable* como otras muchas que ellos conocian, y yo tambien, solamente habian conseguido que supiese chapurrar algo el francés, y el italiano, cantar y tocar lo que no entendia, dibujar unas cuantas orejas, ojos y narices, escribir una décima á los dias del papá, corregida y aumentada por su maestro en una octava ó novena edicion por lo menos, y declamar algunas de las escenas de mayor interés de la comedia titulada *la escuela de las coquetas*: no obstante segun los maestros, la niña tenia una disposicion asombrosa para todo, y con el tiempo podia llegar á ser una *notabilidad* en todos y en cada uno de los ramos de educacion á que sus papás con tan buen gusto y oportunidad la habian dedicado. Conocia por sus escritos á Paul de Cock, á Alfonso Karr, á la Jorge Sand: sabia al dedillo las obras de Alejandro Dumas, y sobre todo se desayunaba los mas de los dias con algun párrafo de los mas selectos de las de Eugenio Sue, sirviéndola como de *plus café* la traduccion, libre por supuesto, de algunas páginas de Furrer, ó Prudon, lo cual la decidió á ser una socialista completa, sin embargo que encontraba un poco irrealizable lo de la organizacion del trabajo, por lo incómodo que seria esto para las personas acostumbradas á la holganza, y mas aun lo de la division de la propiedad, por no ver alguna de las caras que su papá poseia en poder de cualquiera de sus doncellas, á quienes (con permiso de los comunistas) no comedia el derecho de ser tan ricas como ella. Era alta, descolorida, habia parecer que estaba en segundo periodo de tisis por lo menos; de cintura no muy delgada ni de formas no muy perfectas; pero un corsé muy emballenado y algodonado se habia encargado de disminuir la primera, y aumentar y proporcionar las segundas. Tal era Eloisa poco mas ó menos aun cuando á don Adolfo le pareció tan bella, y quizás sea esta la primera vez que una heroína de novela no es un querubín con cada ojo como un sol, cada diente como

una perla, y cada cabello como una hebra de ébano; pero yo al presente no soy mas que un mero historiador, y no quiero faltar á la verdad tan á las claras, pintando como una deidad una que no lo es: tenga paciencia, pues, nuestra Eloisa, que si no la retrato tan bella como ella quisiera ser ¡hartas conozco yo que son bien feas, y lo sufren resignadas!

Perdidamente enamorado de Eloisa nuestro don Adolfo, comenzó á hacer indagaciones sobre la posicion de los papás de su amada, que no era lo que menos le interesaba saber atendida la suya bien poco desahogada que digamos. Por fin llegó á averiguar que el señor don Serafin de X era un rico banquero, no de esos cuyos capitales son tan fabulosos como sus vidas, y por esta causa el dia menos pensado trasladan todo su equipage metido en un calcetín, desde un suntuoso palacio á una miserable buhardilla, sino que hijo de padres de buena fortuna, se casó con doña Eduvigis de Z, que contaba con una dote de las que se llaman saneadas, y consisten en magníficas peluconas de aquel metal que en tal abundancia venia de América, y en buenas y bien acondicionadas fincas; de manera que con una moderada y bien entendida economia, y sobre todo con una excelente direccion, nuestro don Serafin llegó á ser un hombre muy de *pró*, puesto que siempre lo es quien tiene dinero, y don Serafin poseia sendos talegos llenos de patacones.

Al saber don Adolfo todo lo dicho, claro está que si antes amaba á Eloisa como uno, ahora la adoraba como ciento: no le habia parecido despues de vista un poco mas despacio tan hermosa como en la tarde que la conoció en Atocha, cuando sin duda por sus muchos adornos, ó tal vez porque seria un dia de esos en que uno se levanta con los ojos de hacer hermosas, todas se le figuran ángeles añadiéndolas nuestra imaginacion lo que les falta, tuvo á Eloisa por una divinidad, por un querubín, por la realidad de sus ensueños, y finalmente por otra porcion de cosas de las cuales ya no le quedaba mas que su pingüe dote, que era para él lo mejor y mas positivo que podia quedarle; así que, reuniendo á dos ó tres de sus amigos de mas confianza les explicó lo apasionado que estaba de Eloisa, sus circunstancias, y los proyectos que tenia de hacerse de buenas á primeras banquero, con permiso del papá, oficio que no le disgustaba y á que siempre habia tenido inclinacion, aun cuando solo le habia faltado el dinero para dedicarse á él. Fueron aprobados los proyectos de don Adolfo por unanimidad, y despues de una larga y acalorada discusion para convenir en los medios que deberian adoptarse en semejante caso, se acordó que dirigiese á la niña por algun correo extraordinario, vulgo la doncella, el aguador, ó el carbonero, la siguiente lacónica y poileasca epístola terminada con sus correspondientes versitos, cuyo borrador se puso, corrigió y enmendó por aquel congreso en miniatura:

«Angelical Eloisa.  
«Un amor de esos que destrozan y pulverizan el corazon  
«me ha inspirado una sola *mirada* vuestra. Seré el mas feliz  
«de todos los hombres si mis labios llegan á decir os palabras  
«que no puede la pluma trasladar al papel. Mañana á la una  
«pasaré por vuestra calle, y otra de vuestras espresivas *miradas*  
«me indicará que puedo subir por la contestacion á  
«estas líneas: entre tanto

A dios, hermosa Eloisa,  
suspira mi corazon  
lleno de grata emocion,  
porque calme esa sonrisa  
el fuego de mi pasion.  
ADOLFO DE H. M. N. S. T.

El carbonero fué el portador de tan bendita epístola, escrita como es consiguiente en papel verde, con orlas, filetes y demás zarandajas, que nunca faltan en una carta de enamorados, la cual, entregada á la doncella de mas confianza de la señorita, luego llegó á manos de esta.

Eloisa leyó y relejó el amoroso billete muchas veces con un entusiasmo difícil de explicar. Era un *fac simile* de otros que ella habia visto en algunas novelas francesas. ¡Hasta acababa con unos versitos que rebotaban pasion por todos cuatro costados!...

Decidida á no hacer padecer mas al autor de tan sentida como lacónica epístola, se asomó al balcon al siguiente dia, á la misma hora, en el mismo instante que don Adolfo pasaba por la calle, lo cual se explica muy bien si se tiene en cuenta que este señorito habia fijado su residencia en ella. Pronto comprendió don Adolfo, ducho ya en esta clase de signos telegráficos, lo que debia hacer, y dando un flanco derecho, se entró en el portal de la casa de su amada, y á poco se encontró junto al ventanillo de la puerta del piso principal que da á la escalera, abierta de antemano para dejar ver un par de ojos negros, que con inquieta mirada esperaban otros que no se hicieron aguardar mucho tiempo.

Una escena de ventanillo tiene tambien sus lances y situaciones cómicas, y aunque bien conocidas de muchos lectores, y de no pocas lectoras, no puedo resistir á la tentacion de insertar aqui el diálogo de don Adolfo y Eloisa, que poco mas ó menos pasó de la manera siguiente:

DON ADOLFO (*levantando los ojos al cielo y cruzando las manos en actitud suplicante*): ¡ Hermosa mía! ¿ Es cierto que ha llegado un momento en que tan poca distancia nos separa: (sin embargo la maldita puerta se le figuraria de seguro un muro de cincuenta pies de espesor por lo menos) que me abraza el fuego magnético de esa mirada: que oigo esa voz igual á la de los alados serafines que habitan en la mansion de los cielos: que aspiro el mismo aire que tú... (*aquí la apea el tratamiento*) que mi corazon (*ahora se pone la mano derecha sobre el pecho*) lleno de entusiasmo pugna por romper la cárcel que le sujeta, y enmedio de la agitacion que le devora me hace *ti-pi-ta, ti-pi-ta*?...

ELOISA (*enjuguando una lágrima, que abraza su mejilla, esto lo supongo yo, y con voz ahogada*): ¡ Adolfo!... ¡ Adolfo mio!... Vuestra presencia....

DON ADOLFO (*interrumpiéndola*): Ingrata, ni aun me nombras de tu!...

ELOISA (*bajando los ojos como sonrojada*): ¡ Ah! El amor traba mi lengua, y las mas apasionadas palabras se quedan yertas en mis labios... Perdon, Adolfo, perdon!... He leído tu carta, tus versos y...

DON ADOLFO (*lleno de entusiasmo recuerda los lindísimos*

*endecasílabos siguientes, que dice como de cosecha propia*).

Bella como la flor que mayo dora,  
virgen modesta, candorosa y pura,  
de la pompa del mundo vencedora... (1)

ELOISA (*interrumpiéndole y como atacada de los nervios*): ¡ Por Dios! ¡ por Dios! piedad, Adolfo mio, para una muger que sufre los mas horribles tormentos en medio de una felicidad que anhela desde que te conoció (2). Tarde dichosa aquella que en Atocha....

D. ADOLFO (*interrumpiéndola vivamente*): Sí; en Atocha... Allí nuestros ojos se encontraron por primera vez... se miraron, y nuestros corazones latieron bajo una misma impresion... ¡ Ah!... Y esta impresion será eterna como una obra predilecta de Dios... Te lo juro, Eloisa mia, sí, por la sombra de Abelardo; por tu amor...

ELOISA (*muy conmovida*): Tambien yo te juro, Adolfo querido, por el nombre de la muger que llevó el mio, y ha sido el modelo de las amantes (*aquí saca su blanquísima y suave mano por el ventanillo en cuestion, que estrecha convulsivo don Adolfo entre las suyas*) que primero perderia cien vidas que tuviera, que....

DON SERAFIN DE X (*acercándose de puntillas y con las manos metidas en los bolsillos de su bata*): ¡ Bravo! ¡ Bravísimo! Muy bien... señorita...

Don Adolfo cree que se le hiela la sangre en las venas, y que sus piernas le flaquean pareciéndole estrecha la escalera para ponerse en salvo al escuchar la voz de aquel nuevo interlocutor en la escena, que no se habia anunciado...

Eloisa al oír la voz grave y campanuda de don Serafin, siente pronunciarse á un mismo tiempo todos sus nervios, y cae desmayada en los brazos de su papá, dando un agudo grito.... Doña Eduvigis llega asustada, con la peluca torcida, y dos dientes en la mano, temiéndose alguna desgracia porque ha oído desde su tocador el grito de su hija... La casa se alborota, y don Serafin sosteniendo á Eloisa en sus brazos, no dice ni esta boca es mia hasta el capítulo siguiente....

EL BARON DE ILLESCAS.

Piron en el bosque de Boloña.

Piron, que era poeta y émulo de Voltaire, tenia la costumbre de ir casi todas las mañanas al bosque de Boloña, para entregarse con entera libertad á sus meditaciones. Un dia se extravió, y no salió de él hasta las cuatro de la tarde, tan cansado de su paseo, que se vió obligado á sentarse en un banco que habia al pié de uno de los pilares de la puerta. Apenas se hubo sentado, cuando por derecha é izquierda recibe saludos de todos los que entraban y salian á pié, á caballo y en carruaje. Piron se quitaba el sombrero, inclinándole mas ó menos segun la aparente categoria de las personas.—« ¡ Oh! ¡ oh! decia entre sí, soy mucho mas conocido de lo que yo pensaba. Por qué no habia de estar aquí M. de Voltaire para presenciar la consideracion de que disfruto en este momento, él, ante quien casi me prosterné esta mañana, sin que se dignara corresponder sino por un leve movimiento de cabeza?»

Mientras hacia esta reflexion, la gente seguia yendo y viniendo, tanto que al fin el ejercicio del sombrero se hizo muy cansado para Piron; se le quitó entonces de hecho, contentándose con inclinarse ante los que le saludaban.

En esto llegó una vieja que se echó de rodillas delante de él, con las manos cruzadas. Piron sorprendido, y sin saber lo que aquella muger queria, la dijo: « Levantao, buena muger, levantao; me tratais como á un compositor de poemas épicos ó de tragedias; os engañais; no tengo aun ese honor, puesto que hasta ahora no han sido pronunciados mis versos sino por *Marionetas* (4). » Pero la vieja seguia de rodillas sin escucharle, y Piron creyó notar que movia los labios y le hablaba; bajó entonces, se aproximó á ella y prestó oido. Oyó en efecto que murmuraba alguna cosa. Era una *Ave María* que dirigia á una imagen de la virgen colocada perpendicularmente encima del banco en que se sentara Piron. Entonces levantó este la vista y vió que era á la imagen á quien se dirigian todos los saludos de que creyera él ser objeto.—« Hé ahí lo que son los poetas, exclamó Piron al marcharse, creen que todo el universo los contempla, ó que está á sus pies, cuando no sabe siquiera si existen.»

Fantasia.

Entre los placeres, locuras y espansiones mas violentas de nuestra época, figura en primera linea el baile.

—¿ Por qué?... ¿ Cómo? ¿ El por qué?... ¡ Hay muchos!... Para la gran señora, es un medio de conversacion con... no importa quién...; para el hombre de estado, es su ejercicio habitual, su posicion social; para el hombre jóven y de mundo, es un medio de hacer brillar su calzado, un frac bien hecho, un talie bien formado... por su sastre, para disimular una mollera completamente vacía, y revestida casi siempre de un rostro agradable, para justificar el verso de aquella fábula,

*Hermosa cabeza, pero sin seso.*

Para la doncella casta, es el nacimiento de los primeros latidos de su corazon, es la prueba de su inocencia. Para el estudiante es una pasion, y por consiguiente una necesidad; para la costurera, es una necesidad que llega á ser... una falta; para todos, es una ridiculez enorme...

¿ Cómo?... Por la desconfianza de los maridos, por la necesidad de los hombres de estado, por la fatuidad y completa nulidad de los jóvenes, por el aislamiento habitual de los jóvenes, por la ociosidad del estudiante, por la sensualidad de la costurera, en fin, por la insustancialidad de todos.

(1) El Taso: traduccion de don Ventura de la Vega.  
(2) Yo no entiendo eso de ser feliz padeciendo; pero hay enamorados que cuentan que sucede asi....  
(4) Especie de titeres muy en boga entonces en Francia.

**Mlle. Fanny Standley.**

Los aplausos con que el público que frecuenta el circo ecuestre de monsieur Tourniaire, recibe siempre á esta graciosa jóven, cuyo beneficio va á celebrarse la semana próxima, nos han movido á consagrarla un lugar en la sección destinada á dar cuenta de las actualidades de espectáculos, persuadidos de que nuestros lectores verán con gusto el grabado y las noticias que les ofrecemos.

Mlle. Fanny, inglesa de nacimiento, ha recibido su educación artística en la Academia de baile de París, de donde pasó al teatro de la Opera en la misma capital: renunciado el porvenir que la ofrecían sus brillantes disposiciones coreográficas, y llevada de su entusiasmo por los ejercicios ecuestres, renunció al baile y se ajustó en el circo ecuestre de Mr. Franconi, donde no tardó en adquirir una celebridad merecida por la soltura, la firmeza, la seguridad y la gracia con que ejecutaba los mas difíciles equilibrios, las posturas y juegos mas espuestos. Allí ha permanecido largo tiempo recibiendo aplausos y ramilletes del público parisién, tantas veces como se presentó á trabajar, hasta que hace tres meses fué contratada para el circo de Madrid que dirige Mr. Tourniaire.

Luce principalmente su agilidad y destreza en el paso del chal, que es el que hemos escogido para presentar su retrato; en la escena de las dos fajas; en la de la jardinera; en la de las cuatro naciones, notable por la ligereza y gracia con que muda de trages, y por la perfeccion con que repica las castañuelas; en los grupos atléticos que hace con monsieur Tourniaire, singularmente el de Céiro y Flora, y el de la esclava, y en la pantomima titulada Clarisa ó la hija del bandido, que la proporciona ocasión de manejar un trabuco con destreza suma.

Mlle. Fanny por la firmeza y la gracia que distingue á todos sus ejercicios y por la belleza artística de sus formas que contri buye podesosamente al efecto de las posturas académicas, es uno de los principales ornamentos del circo de Mr. Tourniaire.



Mlle. Fanny Standley, en el paso del chal.



Demostacione elocuente de un padre, que ha sufrido pacientemente desde Navidad á Reyes, la rötura junto á sus orejas, de 59 tambores comprados á su interesantísimo vástago.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

**Un oficial y un monarca.**

Un oficial presentaba al rey su amo un memorial, en el que esponia, que habiendo recibido un gran número de heridas sirviendo en su ejército, necesitaba algun socorro para restablecer su salud quebrantada. El rey, despues de haber leido con bastante indiferencia, dijo:

—Veremos.

—¡Ahora mismo puede verlo V. M. si gusta! dijo el pretendiente abriendo su casaca y su camisa, y mostrando las cicatrices de que estaba cubierto.

Esta contestacion elocuente convirtió al monarca en generoso.

**Cálculo curioso.**

De las listas de mortandad en Inglaterra resulta un dato curioso, á saber: que el soldado que se bate en la trinchera de una ciudad sitiada, ó en el campo de batalla, en presencia del ejército enemigo mas valiente, está espuesto á menos probabilidades de muerte que el habitante de ciertas ciudades manufactureras de Inglaterra, como Manchester, Liverpool, etc. Las probabilidades de muerte en el sitio de Anberes eran como 1 á 68; en el sitio de Badajoz, como 1 á 55; en la batalla de Waterloo, como 1 á 30. Para el obrero de Liverpool, las probabilidades de muerte son como 1 á 13; para el tejedor de Manchester, como 1 á 17; para el cuchillero de Sheffield, como 1 á 14.

Hemos visto con sumo gusto los primorosos objetos que para remitir á la famosa esposicion de Londres ha trabajado en su fábrica de armas de Eibar (Guipúzcoa) el señor don Eusebio Zuluaga: consisten principalmente en un primoroso libro para guardar el diploma de un título de Castilla, dos pares de pistolas con sus correspondientes accesorios, dos cuchillos de monte, una espada y una escopeta á la inglesa. Luce en todas las indicadas piezas el lujo de ornamentacion que estaba en uso en el siglo XVI, mereciendo particular elogio el señor Zuluaga por los generosos esfuerzos que con feliz éxito hace con incesante esmero.